
ESTADO
DESARROLLO
ACUMULACION
PRODUCTIVA
CAPITAL
MODERNO
MATRIZ

Con el auspicio de:







Esta publicación es resultado de la línea de investigación "Modelo de acumulación e industrias extractivas en el Ecuador" que el CDES viene desarrollando desde el año 2012. Su impresión ha sido realizada con el apoyo económico de la Fundación Rosa Luxemburg. Su contenido es responsabilidad del Centro de Derechos Económicos y Sociales del Ecuador –CDES– y no refleja necesariamente la opinión de la Fundación Rosa Luxemburg.

REFLEXIONES
TEÓRICO - POLÍTICAS DEL GRUPO DE TRABAJO SOBRE EL MODELO DE ACUMULACIÓN EN ECUADOR

CENTRO DE DERECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES
CDES

REFLEXIONES TEÓRICO-POLÍTICAS DEL GRUPO DE TRABAJO
SOBRE EL MODELO DE ACUMULACIÓN EN ECUADOR

Primera edición, noviembre 2013
Centro de Derechos Económicos y Sociales

CENTRO DE DERECHOS ECONÓMICOS Y SOCIALES – CDES
Rumania E5-110 y Hungría
Quito – Ecuador
Telf. (593) 2503 383 / 2568 647
cdes@cdes.org.ec
www.observatorio.cdes.org.ec

Coordinación: Pablo José Iturralde
Autor: David Chávez
Diseño y diagramación: Buenaonza Producciones
Diseño de portada: Isabel Salcedo
Edición: La Caracola Editores
Impresión: El fuego y la palabra

1000 ejemplares

Con el auspicio de: Fundación Rosa Luxemburg

Noviembre 2013

INTRODUCCIÓN

La disputa ideológica y política que ha tenido lugar entre los gobiernos «progresistas» y la izquierda opositora (organizaciones sociales, partidos políticos, estudiantes e intelectuales) ha estado abrumadoramente marcada por el problema del desarrollo. En el caso ecuatoriano, el aparecimiento del concepto de Sumak Kawsay o Buen Vivir ha sido el centro del debate. Un heterogéneo espectro de posiciones e interpretaciones —como es usual en estos casos— se ha definido alrededor de aquel concepto, desde posiciones que lo definen como un nuevo modo de entender el desarrollo hasta las que piensan que se trata de una noción antagónica a la de desarrollo. Lo que en ninguno de los casos está en cuestión es la centralidad del concepto de desarrollo y —más específicamente— de «modelo de desarrollo». Dicho de otro modo, tanto los que interpretan al Sumak Kawsay como un nuevo tipo de desarrollo como los que sostienen que ese concepto contradice la noción misma de desarrollo comparten que el hecho de que el objeto de problematización —para redefinirlo o para superarlo completamente— es el desarrollo; lo que no se discute es si el problema está correctamente planteado. En este contexto, la iniciativa impulsada por el Centro de Derechos Económicos y Sociales (CDES) para la conformación del Grupo de Trabajo sobre el Modelo de Acumulación es bastante excéntrica o esotérica; algunos podrían pensar incluso que resulta anacrónica. ¿Es posible, necesario, siquiera deseable «retroceder» desde la discusión sobre el desarrollo para volver al bizantino problema de la acumulación de capital? Peor aun, ¿es prudente «desempolvar» la crítica al capital elaborada por Marx y la tradición marxista para dar cuenta de los problemas actuales? La iniciativa del Grupo señala no solo la necesidad de volver la mirada hacia esa discusión, sino la urgencia de ese ejercicio debido a las profundas transformaciones que países como el Ecuador han tenido en los últimos años, ante las cuales la izquierda cada vez presenta mayor desorientación.

En concreto, el Grupo se ha planteado una recuperación de las discusiones anteriores y actuales que ayuden a problematizar la reproducción de capital en el Ecuador. Para ello, ha recurrido a enfoques marxistas y cercanos al marxismo, configurando un conjunto bastante heterogéneo de entradas teóricas y campos disciplinarios. La metodología propuesta ha correspondido a una secuencia de lecturas seleccionadas sobre temas específicos que se discuten en cada sesión de trabajo. Para ello, el Grupo tomó como punto de partida la discusión del trabajo titulado Industrias extractivas y acumulación de capital en el Ecuador contemporáneo (2000-2011) (Ruiz Acosta, Industrias extractivas y acumulación de capital en el Ecuador contemporáneo, 2012), elaborado por uno de sus miembros, donde se exponen algunos lineamientos conceptuales y datos estadísticos que buscan aproximarse al problema central planteado al interior del Grupo. Sobre la base de esta primera discusión se definió un itinerario de textos para el debate, organizado en tres grandes temas: a) el concepto de «patrón de reproducción del capital»; b) consideraciones sobre el capitalismo en América Latina; y c) consideraciones sobre el capitalismo mundial contemporáneo.

Sobra señalar que dada la amplitud de los temas, lo que se esperaba del tratamiento de estos ejes temáticos es un preliminar esbozo de algunos elementos básicos que delimiten en líneas gruesas el campo de debate.

Las líneas que siguen procuran recoger de modo resumido los elementos más relevantes de las discusiones desarrolladas por el Grupo al seguir ese itinerario. El orden expositivo trata de seguir esos tres ámbitos temáticos descritos anteriormente y finaliza con algunas conclusiones preliminares. La presente sistematización intenta recoger lo fundamental, sin duda es muy probable que en ese intento se produzcan omisiones o simplificaciones. No obstante, el interés mayor de esta sistematización es mostrar —aunque aún en estado de bosquejo apresurado con vacíos, fisuras y contradicciones— lo avanzado hasta ahora para provocar un poco y tensionar el campo de debate sobre el desarrollo que viene dando muestras de un preocupante agotamiento.

¿MODELO DE DESARROLLO O PATRÓN DE REPRODUCCIÓN DEL CAPITAL?

Esta primera línea de problematización se deriva de la reflexión acerca de la utilidad teórica y política de la noción de «modelo de desarrollo». Aunque existen posiciones contrapuestas en el debate actual sobre este concepto que van desde aquellas que buscan redefinir el desarrollo hasta las que proponen abandonarla completamente, es posible identificar un débil tratamiento respecto de la relación entre desarrollo y capitalismo. Si bien es posible señalar que en ese debate ciertas tendencias afirman que un determinado «modelo de desarrollo» implica una modalidad específica de acumulación de capital, no es tan fácil establecer los fundamentos que hagan posible una caracterización de las distintas modalidades de acumulación vinculadas con los diferentes modelos de desarrollo en el marco del debate actual. Las discusiones del Grupo giran en torno a las posibles explicaciones de ese límite y advierten que el factor más importante radica en la ausencia de una aproximación más detenida sobre los elementos y el comportamiento característico del capitalismo en el Ecuador.

La escasa problematización de este tema se deriva de un extendido abandono en el campo de la reflexión académica y política. El desplazamiento del capitalismo como problema en estos ámbitos deja un vacío en el tratamiento sobre la situación contemporánea del país y la región que no puede llenarse por lo que se tiene avanzado hasta ahora con la más reciente problematización sobre el desarrollo. Sin ser excluyentes, para el Grupo la posibilidad de abrir una reflexión sobre el carácter del capitalismo puede ayudar a descifrar ciertos aspectos no abordados en la discusión sobre el desarrollo y que pueden permitir aproxima-

ciones distintas en relación con cuestiones como el extractivismo, la transición hacia un nuevo modelo o el cambio en la «matriz productiva»; en particular, develar los límites que puede presentar el campo de discusión sobre esos temas.

En este sentido, el Grupo ha contrastado la noción de modelo de desarrollo con la de «patrón de reproducción del capital» siguiendo la definición que Jaime Osorio (2005) ha planteado al respecto. Una primera constatación surgida de esta comparación ha sido que la idea de modelo alude a un esquema rígido con un fuerte corte estructuralista que reduce seriamente el componente dinámico que supone la reproducción de capital, es decir, su peculiar tendencia a la modificación permanente, a la constante aparición de «nuevos arreglos» en función de los cambios coyunturales o estructurales que afronta. La necesidad de rastrear la pista de esa dinámica tanto en la dimensión económica en sí misma como en la dimensión histórica se encuentran en la base de este intento por problematizar el concepto de modelo de desarrollo desde la categoría de patrón de reproducción del capital.

Sin embargo, el aspecto central que evidencia los límites de la categoría de modelo de desarrollo es de carácter conceptual y —por supuesto— político. ¿A qué alude el concepto de «desarrollo»?, ¿cuál es el objeto teórico que se denomina «desarrollo»? Con innumerables variantes, el desarrollo se relaciona, más o menos, con el crecimiento de las economías nacionales y sus efectos sobre la población y el ambiente. La cuestión fundamental es que en el debate actual este concepto es escasamente problematizado en sí mismo, es asumido por defensores y detractores como una realidad objetiva que debe cuestionarse o defenderse por razones ajenas a su legitimidad teórica, razones usualmente morales. Curiosamente, las posturas que piensan en el desarrollo como una «ideología» o una «narrativa» representan precisamente la versión más radical de esa contundente legitimidad del concepto, pues terminan menoscabando cualquier posible dimensión de objetividad material del concepto de desarrollo para reducirla a una cuestión «cultural». El tema que queda fuera del debate entre desarrollistas y posdesarrollistas es que el concepto de desarrollo carece de consistencia teórica, su formulación es significativamente abstracta, lo que hace que se ubique en un nivel de reflexión que anula las

condiciones históricas, económicas y —sobre todo— políticas de las realidades que se pretende describir con ese concepto. No solo queda minimizado el hecho de que las «economías nacionales» son muy diversas internamente y externamente, sino que esa diversidad se funda —además— en un sinnúmero de contradicciones. Asimismo, las importantes diferencias entre las distintas «vías de desarrollo» son reducidas al concepto genérico, cosa que ocurre también con los «modelos de desarrollo», perdiendo de vista que los tipos de sociedades «desarrolladas» varían notablemente entre sí. Pero lo fundamental radica en la supresión de la dimensión política de la economía y el desarrollo; lo político viene a ser un factor externo que le da dirección a la economía desde el Estado, pero no es posible hallar que en la misma estructura interna de la economía esté en juego la política. En una coincidencia perturbadora, esa aparente neutralidad de la economía, su condición de «esfera cerrada» a la que la política le es exterior, es precisamente la concepción que subyace a lo que denominamos como «neoliberalismo».

Quizá uno de los problemas básicos del concepto de desarrollo es que en él confluyen una serie de otros conceptos sin ninguna solución de continuidad. En la actualidad, el concepto hace referencia a la modernidad, la modernización, el capitalismo y la civilización occidental. Todo junto, todo convertido más o menos en lo mismo, todo reducido a la nebulosa fórmula del «desarrollo». Por esta razón, la discusión planteada por el Grupo señala la necesidad de desenmarañar esa coexistencia errática de conceptos. En este sentido, se piensa que es necesario problematizar en qué medida el concepto de desarrollo terminó suplantando al concepto de capitalismo.

En definitiva, el concepto de desarrollo describe cierta dimensión de la realidad pero no logra explicar los elementos fundamentales sobre los que se sostiene esa parte de la realidad. Es más, si se mira con atención el debate existente, se podría decir que se pretende explicar desde este concepto restringido los fundamentos de la realidad que se busca comprender. Pero ¿qué es lo que se intenta —pero no se alcanza a explicar— con «desarrollo»?, ¿cuál es el ámbito que este concepto no logra resolver? Poca duda cabe, se trata de un concepto diferente de «capitalismo». Usualmente se presupone incluido el problema del capital en la cuestión del desarrollo; no obstante, lo

que ocurre en realidad es que el segundo sustituye al primero ocasionando un desplazamiento tanto en el objeto teórico de análisis como en el plano teórico donde ese objeto se localiza. Como resultado, se tiene un objeto inasible, confuso y lleno de ambigüedades. Este quid pro quo hace posible —por ejemplo— entremezclar las estrategias específicas de crecimiento económico con las condiciones estructurales de determinada formación económico-social; o lleva a la aun más penosa confusión entre desarrollo y reproducción de capital.

Como se puede suponer, en el fondo se encuentra una disputa teórico-política. Desarrollo y capitalismo no son «nombres distintos» para lo mismo, el recorte de la realidad que hacen uno y otro es sustancialmente diferente; pero lo más significativo es que los enfoques de los que provienen uno y otro concepto son antagónicos. La reflexión acerca del capitalismo en el presente no puede dejar de enfrentarse con la teoría del capital de Marx; es inevitable que cualquier intento por discutir lo que se entiende por sociedad capitalista conduzca a la crítica de Marx como referencia ineludible; con mayor razón, en el caso de las posturas que sostienen la caducidad de aquella explicación sobre el régimen capitalista. Las reflexiones del Grupo apuntan la necesidad de tratar con la más entera rigurosidad este asunto: de lo que se trata es de aproximarse al análisis del problema del capital en su especificidad, y ahí confrontar al marxismo como teoría crítica del capitalismo; es decir, si se quiere cuestionar este enfoque, es indispensable hacerlo en su propio terreno, cualquier intento por hacer una crítica «por fuera», recurriendo al anacrónico mecanismo de confrontar los temas que Marx no trató —como el colonialismo o el ecologismo—, no plantea un problema en relación con el objeto de su crítica: el capital. Dicho de otro modo, tiene poco sentido pretender invalidar la crítica de Marx a partir de cuestiones que no forman parte de su específico objeto teórico.

Resulta evidente que el concepto de desarrollo queda «desencajado» en el campo de la crítica de Marx y la tradición teórica del marxismo. En estricto sentido, el desarrollo no es un problema teórico-político para la crítica de Marx; esto, ni siquiera para el marxismo contemporáneo, en caso de que algún desatento busque explicar esa ausencia por la cronología del concepto de desarrollo. Para la perspectiva marxista, lo que existe no es el «desarrollo» en abstracto,

sino el «desarrollo del capitalismo» o el —algo más general— «desarrollo de las fuerzas productivas». Es decir, no se puede destilar completamente eso que llamamos desarrollo, este solo puede referirse de modo específico y concreto a las condiciones propias del modo de producción capitalista. En relación con esto, el enfoque del Grupo sostiene que aunque muchos de los «posdesarrollistas» tratan de equipar la noción «clásica» de desarrollo con la tesis marxista de «desarrollo de las fuerzas productivas», ambas corresponden a campos teóricos antagónicos. Para la tradición crítica originada en Marx, la sociedad capitalista corresponde a una totalidad fracturada, determinada por un antagonismo fundante, el antagonismo de clase que enfrenta capital y trabajo; ninguno de los aspectos históricos o sociológicos atenientes a esa totalidad puede entenderse dejando de lado ese carácter antagónico que vincula la acumulación con la proletarización, es decir, la una es el resultado de la otra. Por su parte, para la corriente de la que surge el concepto de desarrollo, en particular las tesis de Rostow, la sociedad capitalista es una totalidad no estructuralmente antagónica, es una totalidad «cerrada» en la que acumulación y proletarización no se vinculan. Las consecuencias políticas son evidentes de suyo: en el primer caso, la lucha política tiene en el horizonte la reversión de las condiciones que sustentan la desigualdad y la explotación; en el segundo caso, la búsqueda fundamental es lograr el acrecentamiento de la «economía». Si este proceso tiene lugar mediante la liberación del mercado, la intervención del Estado, una «estrategia combinada», o si ese proceso de crecimiento pone énfasis en el puro crecimiento o en el crecimiento «con equidad» o el crecimiento con «desarrollo humano», etc., no plantea diferencias sustanciales en contraste con la perspectiva que subyace al análisis marxista. En esta línea de reflexión, conviene recordar que algo así como la «economía» también es un concepto ajeno a la crítica de Marx, de lo que se puede hablar es de «economía capitalista».

De modo que las discusiones del Grupo asumen como indispensable volver la mirada a la crítica marxista del capital. En particular, porque la imposición de un campo de reflexión dominado por el concepto de desarrollo ha suprimido la reflexión sobre el carácter del capitalismo; pero no solo eso, este concepto se ha convertido en el «explicador» de una serie de condiciones y efectos que son atribuibles al

capitalismo en términos objetivos y no necesariamente al desarrollo. Lejos de entrar en una polémica estéril, desde la posición del Grupo se afirma que esta propuesta puede permitir ordenar con algo más de rigor la discusión sobre el desarrollo, estableciendo con mayor claridad qué se entiende por las distintas dimensiones que podrían estar coexistiendo en aquel concepto y que no siempre han encontrado una resolución conceptual y política. No obstante, se debe advertir que no se busca forzar un acoplamiento de conceptos disímiles, no se puede perder de vista lo ya anotado; para el Grupo, las discusiones sobre el desarrollo y el capital provienen de tradiciones teóricas antagónicas, así que el ejercicio fundamental es «ponerlas en tensión».

En particular, y ante la ausencia de discusión en el contexto nacional, el Grupo considera fundamental ensayar una reflexión sobre el capitalismo ecuatoriano. Como se ha mencionado líneas arriba, para ello se tomó como punto de partida la noción de «patrón de reproducción de capital», que —según su perspectiva— permite un mejor tratamiento de dos de los problemas básicos en la discusión actual sobre el desarrollo. De una parte, no corresponde a los rígidos esquemas derivados de los «modelos» puesto que se plantea como un intento por evidenciar tendencias e incluye como un elemento sustancial la dinámica histórica de esas tendencias, la cual evidentemente abre el espacio para las consideraciones estrictamente políticas. Por otra parte —y esto es determinante para la perspectiva que el Grupo busca mantener—, recupera el cuerpo teórico propuesto por Marx en El capital para el análisis de regímenes capitalistas específicos, lo cual hace posible desplazar la noción de «crecimiento económico» por la de acumulación de capital y —más precisamente— de reproducción de capital. Siguiendo las discusiones del Grupo, se puede decir que el marcado contraste entre la significativa complejidad que implica la categoría marxista de «reproducción de capital» y el reducido alcance del desarrollo como «crecimiento económico» ayuda a justificar la necesidad de prestar atención a la primera.

CAPITALISMO EN AMÉRICA LATINA: UNA MIRADA A LAS PERSPECTIVAS ANTERIORES

La aproximación inicial que el Grupo ha realizado mediante el contraste de la situación del Ecuador con la categoría de patrón de reproducción del capital plantea ciertas preocupaciones específicas. Si bien se halla extendida la idea de que el actual proceso político corresponde a un proyecto de «modernización capitalista», planteada así esta consideración se queda en un nivel general; el análisis básico del Grupo sobre este tema permitió señalar algunas preguntas iniciales que se derivan de esa caracterización del proceso político, y entre las más relevantes tenemos: ¿existe una modernización de las relaciones laborales, y de qué tipo?; ¿qué clase de desarrollo de las fuerzas productivas supondría ese proyecto modernizador?; ¿esto implica un cambio en las élites?; y ¿cuáles son las nuevas condiciones de inserción en el mercado mundial?

La ausencia de respuestas que puedan encontrarse en estudios o investigaciones que traten estas cuestiones constituye un indicador incuestionable del vacío existente en relación con estas preocupaciones. Para el Grupo —se ha referido antes—, esto se debe al abandono de la perspectiva teórica del marxismo y su dramática pérdida de hegemonía en el campo de las ciencias sociales y la reflexión política. Esta ausencia hace difícil ensayar un análisis desde la categoría de patrón de reproducción del capital en diversos niveles; está el mencionado problema teórico, pero las dificultades no se quedan allí. Esto se refleja también en la inexistencia de datos debidamente sistematizados en función de las necesidades de investigación articuladas a una reflexión del tipo que se propone. Sin embargo, el problema de fondo sigue siendo un problema de interpretación. Siguiendo esta última

consideración, el Grupo se ha propuesto recuperar y discutir las interpretaciones vinculadas con el marxismo sobre las características del capitalismo en América Latina. En particular, el debate generado en torno a la crítica desarrollada por la teoría de la dependencia en los años 70. La preocupación que conduce este retorno tiene que ver principalmente con saber cuánto de las tesis allí planteadas pueden ser válidas en la actualidad, y qué de aquellas ya no tiene cabida. Esto, particularmente, porque los procesos políticos llamados «progresistas» que se han extendido en la región retornan a buena parte de las tesis fundamentales del «desarrollismo» que la teoría de la dependencia y el marxismo latinoamericano pusieron en cuestión consistentemente en esa década.

Entonces, los debates del Grupo en este momento se desarrollan alrededor de dos textos canónicos de aquella época: Dialéctica de la dependencia, de Ruy Mauro Marini (1991), y El desarrollo del capitalismo en América Latina, de Agustín Cueva (2001). En términos generales, ambos trabajos intentan una reflexión sobre las especificidades de la reproducción de capital en la región, distan de la aplicación esquemática de fórmulas simplificadoras, aunque no dejan de lado un sistemático recurso a la crítica de Marx. En ambos casos, la búsqueda en el propio discurso de Marx de los elementos explicativos de la realidad social e histórica concreta de nuestros países anima el intento de reflexión que proponen. Ser ortodoxos, mediante una lectura rigurosa de la crítica de Marx, pero no dogmáticos, pareciera ser la consigna teórica y política que subyace a sus interpretaciones.

En el caso de Marini, se puede establecer a partir del debate del Grupo que uno de los aspectos de mayor importancia consiste en su rigurosa atención al campo esencial desde el que la teoría de Marx descifra al capital: la producción. Siguiendo este fundamento teórico, Marini hace una ruptura con la tónica del debate acerca de la dependencia de nuestras economías que había situado la reflexión en el campo de las relaciones comerciales y el conocido «intercambio desigual»; para Marini, este es un hecho cierto, pero expresa otra dimensión de la dependencia que ocurre en el campo de la producción, más específicamente en la incidencia que las condiciones de superexplotación del trabajo en los países dependientes tienen en la formación de plusvalía en los países capitalistas desarrollados; ahí radica —en sus propias palabras—

el «secreto» de aquel intercambio desigual. Este es un primer aspecto sobre el cual el Grupo detiene su atención en el debate. De este surge un segundo elemento, que reviste extraordinaria importancia: en la medida en que la dependencia se sustenta en la producción, lo que ocurre con el intercambio desigual es —en sentido estricto— una «transferencia de valor» desde las economías subdesarrolladas a las desarrolladas; estas últimas solo pueden funcionar a partir de ese mecanismo. Vinculado con este precepto básico, es posible identificar otro de gran importancia también para el debate actual. Se trata de la crítica a la «vía industrializadora» del desarrollo: Marini demuestra cómo la industrialización no altera las condiciones de dependencia, por el contrario, las agudiza; de igual modo, esto no afecta al llamado «modelo primario-exportador». Todo esto se explica precisamente por su tesis central: si la clave de la dependencia se encuentra en la forma en que el capitalismo mundial organiza las relaciones de producción, los cambios en el ordenamiento de las ramas de producción o del contenido tecnológico de ellas al interior de una «economía nacional» no afectarán sustancialmente el modo en que se sustenta la estructura productiva del capital mundial.

Del lado de Cueva, se puede decir que, en términos generales, acepta la interpretación de la dependencia planteada por Marini. Sin embargo, su reflexión difiere dado que presta mayor atención a la forma en que se hallan organizadas las formaciones sociales que podemos llamar «economías nacionales». Su tesis afirma que la dependencia no solo es producto de factores externos, ni siquiera de modo predominante, sino que se debe en buena medida a condiciones internas. Para ello, recupera una categoría proveniente de la discusión planteada por el desarrollismo y la teoría de la dependencia: heterogeneidad estructural. Esta categoría originalmente alude a la conocida tesis de la coexistencia de un sector «tradicional» y otro «moderno» en las economías latinoamericanas, la misma que es definida como una de las causas del subdesarrollo. Ya Gunder Frank (2005) había mostrado que la cuestión no pasaba por «modernizar» al sector tradicional, ya que este cumplía una función estructural en sostener al moderno y así sostener las condiciones de dependencia; no obstante, Cueva lleva más allá la reflexión sobre la heterogeneidad estructural, sacándola de las concepciones desarrollistas y funcionalis-

tas, y dotándola de un nuevo contenido proveniente de la crítica marxista. Para Cueva, conceptos como tradicional o moderno dicen muy poco por su grado de generalidad; como contraparte, propone entender a la heterogeneidad estructural como una determinada manera de articulación de distintos modos de producción. Aunque nuestras sociedades pueden definirse como capitalistas —dependientes, si se quiere—, sus particularidades son resultado de cómo el régimen capitalista se combina con ciertos «rasgos precapitalistas» que no solo subsisten sino que definen estructuralmente al capitalismo en nuestros países. Una consideración adicional requiere atención en lo formulado por Cueva: se trata de la importancia que atribuye a la dimensión política definida a partir de la lucha de clases. La conformación particular de cada formación social no es producto de un designio automático de las «estructuras», responde de modo determinante a la correlación que las fuerzas políticas establecen entre sí.

Algunos de los resultados provisionales de este primer intento de discusión sobre el carácter del capitalismo en los países latinoamericanos son los siguientes:

a. La necesidad de pensar la dependencia de nuestras economías más allá de la esfera de los intercambios mercantiles es fundamental puesto que amplía el campo de análisis. Siguiendo a Marini, no basta con señalar cuáles son las ramas o sectores de la economía que nos vinculan con el mercado mundial, es extraordinariamente importante conocer cómo los aparatos productivos nacionales se encuentran vinculados a las estructuras productivas regionales y mundiales. Esto relativiza la idea tan extendida en el campo de debate sobre el desarrollo de que el problema es un cambio en la organización de las ramas productivas («matriz productiva»), de que se trata de privilegiar unas (turismo, agroecología, etc.) en desmedro de otras (minería, petróleo, agroindustria, etc.).

b. En ese mismo sentido, el trabajo de Cueva ayuda mucho a precisar categorías para lograr clasificaciones más estrictas sobre nuestras formaciones sociales. Esto permite poner en cuestión nociones como «modelo primario-exportador» o «modelo extractivista». Cueva discute con las tendencias más funcionalistas de la teoría de la

dependencia las distintas clasificaciones que intentan y muestra cómo todas ellas presentan limitaciones debido a que eluden lo central: cómo está configurado el régimen de producción en cada caso y cómo tienen lugar las relaciones de producción al interior de ese régimen. Estos últimos factores pueden ser absolutamente diferentes entre economías que en el nivel más superficial muestran semejanzas. Por ejemplo, la economía chilena es «extractivista», al igual que la boliviana, la ecuatoriana o la venezolana (si esto se extiende a la agricultura, la lista incluye casi a todos los países sudamericanos); pero, vistas desde el enfoque del modo de producción, todas ellas presentan características totalmente disímiles que con grandes dificultades pueden permitir incluirlas en un mismo grupo.

c. Resulta muy importante tener en cuenta el punto central en que toman distancia las tesis de Cueva de las de Marini. Esto plantea un problema crucial en el debate actual: ¿cuál es la «unidad de análisis» más adecuada para caracterizar al capitalismo en nuestros países? ¿Es válido seguir poniendo el énfasis en los Estados-nación como unidad de análisis, o se trata de mirar con mayor detenimiento la dinámica del capital mundial y el modo en que nuestras economías se insertan en ella? Evidentemente no son perspectivas excluyentes: la reflexión del Grupo apunta a lograr ciertos criterios elementales sobre la actual combinación de ambas esferas en la reproducción del capital.

d. Teniendo en cuenta estas consideraciones, el Grupo ha formulado algunas interrogantes que pueden conducir la discusión posterior: ¿cómo definir la modernización capitalista que impulsan los actuales procesos políticos de la región?, ¿cuáles son los mecanismos predominantes de extracción de plusvalor y sus relaciones con la organización de la producción, las ramas económicas predominantes y el contenido tecnológico de las mismas?

Algunos indicios aún provisionales condujeron la preocupación del Grupo hacia el problema del capital mundial. La intuición fundamental que sustenta esta postura radica en que la confrontación entre «lo nacional» y «lo mundial» permite ver un profundo

proceso de recomposición del capitalismo mundial ocurrido en las últimas tres o cuatro décadas, lo cual evidentemente relativiza el peso de la esfera nacional en la comprensión de los mecanismos de reproducción del capital. De modo específico —y siguiendo a Marini—, la recomposición del capital mundial tendría que ver con un proceso de integración de una estructura productiva mundial y no solo comercial. Esta integración ha redefinido el lugar de muchas de las economías nacionales y regionales, fenómeno que ayuda a comprender mejor la naturaleza de los procesos políticos de los últimos años en la región. Por ello, el Grupo ha considerado necesario ensayar una aproximación del todo preliminar a la discusión del capitalismo mundial para luego retornar a la discusión de las especificidades nacionales.

LAS NUEVAS CONDICIONES DEL CAPITALISMO MUNDIAL

El que puede definirse como el «segundo ciclo» de las discusiones del Grupo se centró en la cuestión del capitalismo mundial. Este intento fue organizado en dos partes. Por un lado, se buscó un acercamiento a la discusión clásica sobre el imperialismo, en particular a las tesis esbozadas por Lenin y Rosa Luxemburg. Por otro lado, se ensayó una mirada preliminar al debate contemporáneo sobre el neoliberalismo y el ciclo actual del capitalismo; para ello, se recurrió a los trabajos de marxistas contemporáneos como Daniel Bensaïd y David Harvey, así como los de la escuela del «sistema mundo», específicamente las investigaciones de Immanuel Wallerstein y Giovanni Arrighi; y el antecedente fundamental de esta última escuela: el trabajo de Fernand Braudel.

El examen de la cuestión del imperialismo se dio sobre la base del conocido texto de Lenin (1973), el cual fue contrapuesto con el trabajo de Rosa Luxemburg (1978) acerca de la acumulación capitalista en escala mundial a través de la interpretación que Bolívar Echeverría propone, en el apéndice de Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social (1994), sobre las tesis de Luxemburg. Las consideraciones preliminares del Grupo advierten sobre tres aspectos relevantes para la discusión contemporánea. El primero guarda relación con la necesidad de profundizar el debate acerca de la actualidad de la categoría «imperialismo»; las interrogantes que se plantean se vinculan con el núcleo conceptual de esta categoría según la opinión de Lenin, a saber: la articulación orgánica entre capital monopólico y Estados colonialistas o neocolonialistas. Los acontecimientos de

las dos últimas décadas referidos a la intervención de Estados Unidos y las potencias europeas en Oriente Medio dejan al descubierto la subsistencia de dicha articulación; sin embargo, en contrapartida, la emergencia de nuevas potencias económicas como los llamados BRIC (Brasil, Rusia, India y China) hablan, si no de una forma distinta de articulación entre Estado y capital, al menos de formas «imperialistas» de nuevo cuño. Una de las líneas de reflexión más sugerentes tiene que ver con la posibilidad de una ruptura en aquella articulación orgánica que lleva al capital mundial a establecer una estrategia múltiple de articulaciones específicas con los Estados sin importar si estos son o no potencias, todo lo cual hablaría de una completa subordinación de la política al capital, la realización total de la «dictadura del capital».

La configuración del capital monopólico es el segundo aspecto que debe tenerse en cuenta. Más allá de las especificidades del planteamiento de Lenin sobre la conformación del «capital financiero» o el paso de la «exportación de mercancías» a la «exportación de capital», que requieren un análisis crítico más detenido, lo esencial radica en la constitución de los trust o cárteles como el hecho determinante del capitalismo de los siglos XX y XXI, las asociaciones de capital que controlan un campo, cada vez mayor, de medios de producción y suprimen radicalmente las posibilidades de competencia. Solo cierta ingenuidad supina podría sostener que en la «esfera alta» del capitalismo contemporáneo existe algo que pueda llamarse «libre competencia»; la radicalización del carácter monopólico del capital mundial actual es evidente de suyo. No obstante, esto es apenas una constatación inicial, no se puede perder de vista que una de las claves es desentrañar los mecanismos de reproducción de ese capital monopólico. De igual modo, la consolidación del capital monopólico como la forma propia de la realización del capital mundial no puede ser confundida con la constitución de «un solo capital» o del «superimperialismo». El problema teórico fundamental aquí —siempre desde la crítica de Marx— es la posibilidad de confusión entre el capital social global y los capitales particulares: ambos son sustancialmente distintos y esa diferencia debe estar claramente establecida. Por lo tanto, aunque la tendencia sea monopólica, no podemos decir que existe un solo capital monopólico ni que eso vaya a ocurrir en el futuro; son diversos capitales monopóli-

cos que disputan entre sí el control de las condiciones de reproducción del capital social global o capital en general. Por supuesto, esa disputa no se da por medio de la libre acción del mercado.

Un tercer aspecto, derivado principalmente de la perspectiva de Luxemburg, hace alusión a la relación entre reproducción de capital y territorio. El señalamiento de Luxemburg precisa que la acumulación de capital no puede efectuarse sin el soporte de ese proceso de ampliación en ciertas «zonas no capitalistas». Esta necesidad convierte a la expansión territorial en una característica constante del capitalismo; lo que hace que los mecanismos descritos por Marx en relación con lo que llama la «acumulación originaria» persistan a lo largo del desarrollo histórico del capitalismo, particularmente en su expansión hacia esas zonas no capitalistas. Aunque son evidentes las coincidencias entre Luxemburgo y Lenin, sus interpretaciones se diferencian en un punto crucial: para ella, esa necesidad de expansión es —por decirlo así— estructural en el capitalismo, es inherente a su dinámica de acumulación; en tanto que para Lenin se trata de un fenómeno propio de la etapa imperialista únicamente, que responde directamente a la constitución de la tendencia monopólica del capital, pues para los monopolios es vital controlar las áreas que suministran materias primas y los nuevos mercados. Más que una discusión bizantina, esta diferencia debe tenerse en cuenta si se busca comprender la actual estructura de la reproducción capitalista mundial.

El tema de la expansión territorial del capital es uno de los elementos centrales que conectan la clásica discusión sobre el imperialismo con los aportes actuales del marxismo. La tesis de la «acumulación por desposesión» sostenida por David Harvey es repetida constantemente —muchas veces con profundo desconocimiento— en los debates actuales. Como es sabido, esa tesis se deriva directamente de aquella discusión sobre el imperialismo y, particularmente, del enfoque sostenido por Luxemburg. Los debates del Grupo en relación con tal planteamiento lo identifican como el ámbito fundamental para la aproximación a los problemas relacionados con el llamado «extractivismo». El texto de Harvey tomado como base fue Breve historia del neoliberalismo (2007). En términos generales, el factor de mayor interés en la discusión del Grupo hace referencia a la idea de que

el neoliberalismo retornó sobre formas similares a las de la acumulación originaria para la concentración de capital; pero ese retorno constituye uno de los mecanismos del capitalismo contemporáneo para revertir la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, tal como la explicó Marx en el libro III de El capital. La compleja relación entre esta tendencia y el comportamiento monopólico del capital abre un campo sumamente interesante de reflexión.

Este problema de la «construcción del espacio» que lleva a cabo el capital y las distintas perspectivas visitadas en el debate del Grupo dejan planteada una pregunta importante: ¿es posible sostener en la actualidad la existencia de «áreas no capitalistas» que deban «conquistarse» para garantizar la reproducción del capital? Las posibles respuestas van en dos sentidos. En primer lugar, se debe reflexionar sobre la posibilidad de que la configuración de una estructura productiva capitalista de carácter mundial haya «ocupado» todos los espacios, lo cual podría dar lugar a que se haya pasado del «reparto» de aquellas áreas a una redefinición total de la geografía del capital en función de la consolidación de esa estructura productiva. Esto implica detenerse cuidadosamente en la idea de la desposesión, la que tiene sentido si hace posible un mayor control sobre la explotación del trabajo (apropiación directa de plusvalor) o sobre la renta de los recursos naturales (apropiación indirecta de plusvalor); si esto no ocurre, la sola acumulación de tierras o recursos naturales no sirve de nada para la reproducción capitalista. En cualquier caso, esta primera perspectiva localiza la discusión en el ámbito de lo estrictamente territorial o espacial.

En segundo lugar, es posible responder la cuestión planteada abandonando el nivel territorial; siguiendo la interpretación crítica de Echeverría (1994) acerca de Luxemburg, se puede decir que las «zonas no capitalistas» no son necesariamente geográficas, sino más bien sociales; es decir, existen ámbitos de la reproducción de la vida social que no corresponden a la reproducción capitalista, sobre los que esta se eleva y a los que termina subordinando. Este ámbito es el que Echeverría define con el concepto de «forma natural de la reproducción social», el mismo que en el debate del Grupo ha sido relacionado con los aportes del feminismo marxista en lo que se refiere al trabajo doméstico como soporte de la reproducción capitalista y de la antropología marxista en cuanto al «modo de

producción doméstico» o la «economía comunitaria».
Ahora bien, en síntesis el debate gira en torno a cuál es el lugar que tienen los mecanismos actuales de reproducción del capital mundial. Más allá de si estos conducen al control espacial de áreas territoriales o a la subordinación de ámbitos de la vida social o a ambos procesos combinados; hay otra cuestión medular: la recomposición del capital responde a una dinámica estructural inherente al modo de producción capitalista (Luxemburg), es producto del surgimiento del capital monopólico (Lenin) o es una respuesta a la tendencia decreciente de la tasa de ganancia (Harvey).
Desde los criterios preliminares del Grupo, las posibilidades de comprender el funcionamiento de estos mecanismos requieren de observar la dinámica histórica concreta del capitalismo. Es decir, lograr un entendimiento mínimo de lo que Wallerstein (1988) denomina «capitalismo histórico». Conseguir una mirada de conjunto acerca de ciertos fenómenos constantes de la dinámica histórica del capitalismo puede contribuir a esclarecer las diferencias que puede presentar la actual forma histórica del mismo. En este sentido, los aportes del Braudel (1985), Wallerstein (1988) y Arrighi (1999) permitieron un balance muy preliminar sobre algunos elementos que podrían considerarse. Quizá la noción más importante resultante de la revisión de esos trabajos tiene que ver con las tendencias cíclicas del capital en términos históricos, en particular, los desplazamientos de los centros hegemónicos en función de un sinnúmero de factores históricos. Pero hay algo más de extraordinaria importancia en la interpretación de estos autores: la compleja relación entre producción y circulación que atraviesa esos desplazamientos históricos; con formulaciones distintas, pero en todos los casos está presente el problema de cuál es el «hábitat natural» del capitalismo. Como es lógico suponer, el estado de la discusión del Grupo no hace posible avanzar algunas respuestas sobre esto, los resultados apuntan a señalar ciertos elementos necesarios para la problematización de este tema.
Hay un último aspecto que resulta de la discusión del Grupo que debe tenerse en cuenta. Se trata de la cuestión de la crisis en el capitalismo. Evidentemente vinculado con todo lo anterior, el análisis del texto de Bensaïd (2009) permitió una mirada preliminar sobre algunos de los elementos que explican este asunto en

el marco de la crítica de Marx. En el debate de Grupo aparece como relevante el doble carácter del desarrollo capitalista que por un lado genera una tendencia a la creciente concentración de capital que afecta a los capitales pequeños, a los países pobres y a los trabajadores; y, por otro lado, la tendencia a los rendimientos decrecientes que afecta la lógica de reproducción del capital en su conjunto. En términos generales, se subraya la necesidad de considerar la propensión a la crisis como un factor estructural del capitalismo, la imposibilidad que la reproducción de capital tiene para resolver sus propias contradicciones y cómo este fundamento de la reproducción capitalista subyace todos los procesos que se derivan de su despliegue social e histórico. Esto aparece como especialmente importante para el debate contemporáneo en el país y en la región, donde el retorno a un horizonte reformista es visto como el horizonte político más avanzado. La noción de crisis derivada de la crítica de Marx contribuye sustancialmente a delimitar con precisión el alcance de las «correcciones keynesianas» a la dinámica de reproducción capitalista y reflexionar con claridad sobre los límites del «Estado de bienestar»; sin embargo, esto no puede confundirse con una crítica rudimentaria a las tendencias reformistas de los actuales gobiernos que termine negando cualquier avance en los procesos políticos actuales al tiempo que simplificando posiciones cuando los problemas que enfrentamos revisten —como se puede ver por lo dicho hasta aquí— una enorme complejidad.

CONCLUSIONES PROVISIONALES

Quizá el recorrido realizado por el Grupo resulte perturbador y hasta pretencioso. Habiendo iniciado con una preocupación por el nuevo «modelo de desarrollo» impulsado desde el Gobierno, se terminó en una amplísima y aún superficial reflexión sobre el capitalismo mundial contemporáneo. Un salto gigantesco y apresurado sin duda. Sin embargo, esto pone en evidencia la acuciante necesidad por sustentar la acción política en una más rigurosa reflexión política. Luego de años en que se privilegió la acción antes que la reflexión en curiosa coincidencia con el «pragmatismo» de la derecha neoliberal, la posibilidad por retomar ciertas discusiones en el plano conceptual abre posibilidades para la construcción de posiciones políticas más consistentes frente al completo replanteamiento del campo de la política que ha significado la emergencia de los gobiernos «progresistas». Esta transformación tiene como fin devolverle —en mayor o menor medida— su densidad propia a la política, volver a poner en el centro la idea de que la política gira principalmente en torno al poder y que este, a su vez, se deriva directamente de los antagonismos y las contradicciones constitutivas de la vida social, en nuestro caso, del orden social establecido por el capital. Por ello, aunque volver a la discusión de los fundamentos políticos nos acerque peligrosamente al denostado campo de la teoría, la apuesta del Grupo encuentra que es precisamente en ese ejercicio —alimentado por supuesto de las prácticas de la lucha social y las organizaciones populares— en donde puede profundizarse el contenido político del difuso campo que llamamos «izquierda»; esto, pese a que implique dificultades y complejidades que a primera vista pueden parecer muy alejadas de la práctica política concreta.

Un primer resultado de ese camino recorrido es que retomar la discusión sobre el carácter del capitalismo de nuestros países abre posibilidades políticas nuevas. En particular, permite una discusión sostenida

con las tesis de los gobiernos debido al remozamiento que estos hacen del programa desarrollista. Es obvio que no se puede asumir fórmulas simplificadas o recetarios para trasladarlos sin más a las nuevas realidades. Ventajosamente, la mejor tradición del marxismo latinoamericano ha estado bastante lejos de eso. El nuevo contexto del capitalismo mundial y regional es significativamente distinto a otros momentos del desarrollo del capitalismo; no obstante, eso no quiere decir que la realidad haya cambiado tanto como para hacer inservible la crítica marxista; por el contrario, varios indicios permiten determinar que muchas de las posibilidades planteadas en la crítica de Marx que no fueron verificables históricamente en períodos anteriores parecieran estar constituyéndose apenas en este último período de mundialización del capital. En segundo lugar, las posibilidades de extender la mirada hacia el problema del capitalismo hace posible salir de ciertos entrampamientos y confusiones establecidas por el campo de debate en torno al «desarrollo». Los límites que este debate muestra a la hora de delinear con precisión las características de los actuales procesos políticos de la región parecen deberse —en buena medida— a la exclusión radical que las posturas dominantes en ese debate hacen del problema de la reproducción del capital. Por supuesto, el mayor de los problemas no es teórico, es político, puesto que sobre la base de estas interpretaciones se definen posturas políticas frente a los gobiernos, las cuales han sido poco efectivas y han tenido pobres resultados.

En este sentido, los resultados preliminares del trabajo del Grupo permiten establecer la necesidad de reconfigurar la perspectiva política de las organizaciones populares frente al nuevo contexto reformista y a las posibilidades redistributivas del Estado; para ello, se hace indispensable incorporar la problematización del capitalismo ecuatoriano contemporáneo. Asimismo, las discusiones del Grupo hacen posible señalar que uno de los criterios fundamentales de análisis para tener en consideración consiste en la necesidad de desentrañar la forma histórica actual del capitalismo; como hemos tenido oportunidad de ver, una posible clave explicativa radica en el proceso de integración de la estructura productiva del capital mundial. Esto plantea una pregunta central: ¿cuál es el lugar de economías como la ecuatoriana en esa nueva situación?

Pues bien, en tercer lugar, conviene mencionar algunos de los límites y dudas del trabajo del Grupo que se derivan de sus propias discusiones. Uno de esos límites tiene que ver con la importancia de vincular este debate con las necesidades de las organizaciones sociales, lo cual constituye un tema aún no resuelto, en buena medida por el estado de avance de la discusión interna del Grupo. Se debe precisar que el plan establecido es precisamente ese, pero todo dependerá de la consolidación del trabajo del Grupo. De igual modo, se deben evaluar las posibilidades de vincular esta discusión a la actual agenda de la izquierda. En una perspectiva general, y sobre la base del balance de la recepción que este enfoque ha tenido, se puede decir que existe una «demanda política» en las organizaciones sociales y políticas por llenar este vacío teórico y político.

Otro límite tiene que ver con la producción de investigaciones y análisis desde el Grupo. Aunque ciertas investigaciones específicas promovidas por el Centro de Derechos Económicos y Sociales (CDES) se inscriben en los lineamientos provisionales derivados de las discusiones del Grupo, es indudable que se requiere un proceso sistemático de investigación empírica e interpretación a partir de los avances iniciales que hemos esbozado someramente en este documento. La posibilidad de obtener ciertas condiciones mínimas para impulsar este proceso es determinante para avanzar hacia proyectos más concretos de investigación. En cualquier caso, estos procesos de investigación deben estar muy articulados a las organizaciones sociales y políticas que los demanden; aunque es evidente que el tipo de reflexión propuesta no puede limitarse a necesidades coyunturales, con esto las posibilidades se verían restringidas seriamente.

Finalmente, en cuarto lugar, hay un tema específico que está presente de modo explícito o implícito en los debates del Grupo: la indispensable problematización de la política. Si bien es usual escuchar las acostumbradas críticas de «economicismo» cuando se propone fijar el plano de análisis en torno a la reproducción del capital, lo fundamental de la crítica de Marx se halla en la radical politización que propone de la economía, su señalamiento apunta a que nada se explica solamente en el ámbito restringido de lo que la concepción clásica define como economía. Es decir, las acusaciones de «economicismo» ponen en evidencia una pésima lectura de la crítica al capital

de Marx. En términos concretos, una investigación acerca de las especificidades del capitalismo contemporáneo en el Ecuador supone también un estudio sobre los grupos dominantes y la naturaleza del Estado. El Grupo identifica esta como una de las líneas de reflexión indispensables para alcanzar una interpretación algo más completa del proceso político, económico y social de los últimos años.

BIBLIOGRAFÍA

Arrighi, G. (1999). El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época. Madrid: Akal.

Bensaïd, D. (2009). «Marx y las crisis». En K. Marx, Las crisis del capitalismo (págs. 7-20). Madrid: Siquitur.

Braudel, F. (1985). La dinámica del capitalismo. Madrid: Alianza.

Cueva, A. (2001). El desarrollo del capitalismo en América Latina. México: Siglo XXI.

Echeverría, B. (1994). Circulación capitalista y reproducción de la riqueza social. México-Quito: UNAM / Nariz del Diablo.

Frank, A. G. (1966 [2005]). «El desarrollo del subdesarrollo». En Monthly Review Selecciones en Castellano, 145-157.

Harvey, D. (2007). Breve historia del neoliberalismo. Madrid: Ediciones Akal, S.A.

Lenin, V. I. (1973). El imperialismo, fase superior del capitalismo (Ensayo popular) (Vol. Obras escogidas. Vol 5). Moscú: Progreso.

Luxemburg, R. (1978). La acumulación de capital. (R. Fernández, Trad.) Barcelona: Grijalbo.

Marini, R. (1991). Dialéctica de la dependencia. México: Era.

Osorio, J. (2005). «Patrón de reproducción del capital, crisis y mundialización». En Seminario Internacional REG GEN:Alternativas Globalização (8 al 13 octubre 2005). Río de Janeiro: UNESCO.

Ruiz Acosta, M. (2012). Industrias extractivas y acumulación de capital en el Ecuador contemporáneo. Quito: mimeo.

Ruiz Acosta, M., e Iturralde, P. (2013). La alquimia de la riqueza. Estado, petróleo y patrón de acumulación en Ecuador. Quito: CDES.

Wallerstein, I. (1988). El capitalismo histórico. Madrid: Siglo XXI.